

### Y VÍA DE MONUMENTOS...

Para convencerse de que el arte tradicional no anda mejor que el de avanzada, conviene ir a ver la exposición de "maquettes", por no decir marraquetas, para el monumento del Arzobispo Errázuriz.

Entre el arte que mira hacia el pasado y el que mira hacia el futuro, entre el arte que plagia y el arte que ensaya, no sabe uno realmente a qué casta quedarse. Si el pasado produce bostezos, el porvenir provoca náuseas.

Todas las argucias de la pastelería parecen haberse dado cita en la Sala Germain para conspirar contra la venerable y rígida figura de don Crescento Errázuriz.

No es necesario advertir que hay excepciones. Así como en el salón oficial algunos cuadros de Burchard y de Ortiz de Zárate gritan "¡Aún tenemos arte, ciudadanos!", en el concurso de "maquettes" los proyectos presentados por Anita Lagarrigue y por Domínguez, sobrios de líneas y modernos, se apartan de los dominios de la torta y claman por un material más duradero que el mazapán o la pasta de almendras.

En cuanto a la casi totalidad de las obras restantes, valdría más no recordarlas si no fuera que su contemplación resulta tan benéfica al espíritu como la lectura del Eclesiastés o de la Imitación de Cristo.

Que inmensa lección sobre la vanidad de las cosas humanas fluye de esos Políemitos de yeso!

"El hombre pasa como las naves, como las nubes, como las sombras".

Se ve que, a ejemplo de la muerte, la escultura nacional no respeta ni la virtud, ni el talento ni la ciencia, ni la edad, ni la sabiduría dignándose.

Pobre don Crescento! Al verlo reducido a tan triste situación, dan deseos de decirle como Kempis: "No eres más por que te alabes, ni menos



porque te vituperen. Lo que eres delante de Dios, eso eres y no más".

Es el único consuelo que podemos ofrecer a su espíritu cristiano en estas póstumas tribulaciones.

Porque la gente que no ha ido a la sala Germain, no tiene idea de las barbaridades que se han hecho a costa de la imponente figura del Prelado.

En el centro del salón, a la sombra de un alfeñique gigantesco, coronado por la figura del Redentor, se ve a don Crescente sentado en una sillita en actitud de esperar al fotógrafo. El pobre caballero no parece darse cuenta del peligro que le amaga con el desmoronamiento de la pirámide confusa de figuras que se eleva a sus espaldas; pero uno percibe el riesgo a la primera ojeada y siente deseos locos de avisarle: - ¡Quétese, por favor, Su Señoría Ilustrísima, porque le va a caer el alfeñique!

Y menos mal que en esa "maquette" se trata solo de un peligro próximo y el Arzobispo no ha sufrido perjuicios materiales.

En cambio, en otra estatua que para colmo tiene un hermoso pedestal se le ve con las piernas reducidas a la más mínima expresión y de talla no más aventajada que dñn Conrado Hnos.

En un tercer proyecto, más irrespetuoso que los anteriores, don Crescente aparece de escote, con un vestido de baile muy pasado de moda y un aspecto de suegra fatigada que no le sienta en lo más mínimo.

Siempre en el camino de la irreverencia, en un cuarté monumento el ilustre Arzobispo, aparece con las manos en jarras, con el aire jactancioso de quien se dispone a bailar una jota.

A lo menos los proyectos que rodean al Prelado de peros y ovejas o de bancos para esperar el tranvía, si no son tan originales son más inofensivos.

De todos modos, la perspectiva que se presenta para la

ciudad está



lejos de ser alagadora.

El número de proyectos encomiables es escaso y si el juicio favorable del jurado no recae en alguna de esas honrosas excepciones, la capital tendrá que resignarse a completar su colección de mamarrachos. ¡Y tenemos tantos!

Diciembre de 1933

